

Fernando Hernández Holgado y Tomás Montero Aparicio (Eds.), *Morir en Madrid (1939-1944). Las ejecuciones masivas del franquismo en la capital*, Madrid, Antonio Machado Libros, 2020, 395 pp.

Afirma con frecuencia Reyes Mate, en sus alusiones al “deber de memoria” que los historiadores no hemos sabido entender lo que es la memoria. Pues bien, creo que este libro le hará pensar que lo vamos comprendiendo. En ciernes de que los aspectos más superficiales de la nueva Ley de Memoria Histórica copen durante unos pocos días titulares más o menos gruesos, se produce la aparición de *Morir en Madrid (1939-1944)*. Libro atípico por diversas razones que trataremos de explicar, es ante todo un memorial que arroja el listado “de los 2936 hombres y mujeres ejecutados durante la posguerra en la capital” víctimas de la represión franquista en los seis años posteriores al final de la Guerra Civil. En 2017, el Ayuntamiento de Madrid encargó al historiador Fernando Hernández Holgado, un “informe y listado” que debía culminar con la construcción de un monumento memorial con “todos los nombres de las personas fusiladas en ese período histórico junto a las tapias del cementerio del Este”, tal y como explica Tomás Montero, coeditor del libro y activista por la memoria de la mano de la pionera [memoriaylibertad.org](http://memoriaylibertad.org). De este modo, más allá de la emotividad intrínseca a este tipo de libros, un grupo de historiadores —sobre todo— y de activistas de la memoria —en el caso de Montero— llevan a cabo un impecable ejercicio no sólo de justicia histórica sino, lo que es más difícil aún, de rigurosidad historiográfica. Y lo hacen sin rencor ni ánimo de revancha a pesar del inmenso daño causado por la decisión, tomada por el actual equipo de gobierno del Ayuntamiento de Madrid, de retirar las placas de los nombres de los fusilados que ya vertebraban dicho memorial. Es obvio que todo el proceso requería de un análisis sosegado, pero hartamente complejo: ¿cómo se completa un listado de víctimas de la represión franquista? ¿Para quién se escribe un libro de estas características?

Ante todo esto, resulta delicado analizar esta obra sin decidir qué va antes o qué va después: ¿el análisis de un hecho represivo sin parangón en otros regímenes dictatoriales europeos? ¿o más bien la *excepcionalidad*?, esa por la cual en Madrid se han vuelto a derrumbar las expectativas de contar con un lugar de memoria dignificado para las víctimas de la violencia de la

dictadura franquista. Porque este condicionante resulta fundamental: no se trataría del mismo libro si el memorial del Cementerio de la Almudena casi-acabado por el artista Fernando Sánchez Castillo e impulsado por la Oficina de Derechos Humanos y Memoria del Ayuntamiento de Madrid de la anterior corporación hubiese sido inaugurado.

De este modo, a pesar de no ser la pretensión de los autores, es el eufemismo de la “resignificación” del monumento tras el cambio de gobierno municipal en Madrid durante el verano de 2019, el que de alguna manera condiciona un tanto esta obra. Porque de haber culminado el proyecto tal y como se entendió originalmente, el libro habría sido otro, al menos en alguno de sus enfoques. Pero este epílogo, severamente agrídulce, no desluce en modo alguno el resultado final: una lección de historia del presente que, en el caso de nuestro país resulta inseparable de los traumas no superados por los sectores más recalcitrantes del pensamiento reaccionario. Y si lo ocurrido en el ámbito político-mediático ha condicionado finalmente el índice del libro, lo ha hecho en un sentido positivo ya que la labor del historiador y las políticas públicas de memoria están íntimamente ligadas. Así se responde a la pregunta de *¿para quién?*: se trata un libro accesible para un amplio espectro de lectores que no se detiene en los descendientes de las víctimas y en los interesados por lo que llamamos genéricamente “memoria histórica” sino que puede servir de guía tanto al no-iniciado como al lector de historia más exigente.

Fernando Hernández Holgado, un historiador experimentado no sólo en la represión sino sobre todo en la vida de las cárceles franquistas y Tomás Montero, un activista de la memoria del Madrid de guerra y posguerra, han organizado de forma eficiente una tarea hartamente difícil: dotar de coherencia interna un listado que en sí mismo es un monumento a la memoria. En ese sentido, los autores comparten una negación de principio sobre el concepto de “anonimato”. Para ellos, no existe la víctima anónima, “todos tenían nombre, una obviedad que muchos pasan por alto” (p. 19).

El libro viene precedido de dos breves textos de los concejales de los grupos políticos que trabajaron en los contornos de la Oficina de Derechos Humanos y Memoria del Ayuntamiento de Madrid en la legislatura 2015-2019. A continuación, los editores sitúan las tres coordenadas que definen el libro: los trabajos pioneros de Alberto Reig Tapia, Mirta Núñez y Antonio Rojas Friend sobre los archivos del cementerio del Este; el hecho de que las asociaciones de memoria hayan ido siempre por delante de la historiografía en este asunto y la simbólica escultura Lar, del artista Fernando Sánchez Castillo, llamada a dar sentido a las placas con los nombres de los casi 3000 fusilados.

Y de ahí en adelante, historia y memoria se entrelazan de manera estrecha pero habilidosa. Hernández Holgado construye un relato complejo de construir ante la obligación de combinar lo institucional —el encargo del anterior equipo de gobierno municipal de actualizar las cifras de fusilados—, lo técnico —por la complejidad de las fuentes relacionadas con la represión— y lo historiográfico. Y aquí es donde sus líneas se convierten en una lección metodológica sobre el manejo de estas fuentes. Lejos de conformarse con los listados disponibles, el equipo de trabajo puso en marcha una búsqueda sistemática de cuantos datos pudieran enriquecer la información disponible sobre los fusilados en incansable búsqueda en el Registro Civil, en consejos de guerra y en la prensa del momento. Todos los textos irradian muestras de la profesionalidad del equipo de trabajo con minuciosidad de orfebre, porque el respeto a la memoria de las víctimas lo es también al de los nombres. Y eso ha implicado problemas de

identificación difíciles de solventar, en un texto vivo que no se da por terminado, algo que también forma parte intrínseca de esta temática.

Y es que en Madrid, el número de ejecutados respecto a la otra gran ciudad española y republicana por excelencia, Barcelona, fue de casi el doble. Algo que van poniendo *negro sobre blanco* un grupo de jóvenes historiadores como los que escriben en este libro. Sin perder importancia el número, tan entredicho por la disputa política generada en torno a las políticas de memoria, los autores van entretejiendo la importancia cualitativa de la represión de posguerra, de la violencia política y en especial de la rápida extensión de la justicia militar. Son muchos los calificativos que se han utilizado para explicar esta sed de venganza por parte de las nuevas autoridades franquistas. Sin embargo, nos parece que es la competencia, rayana en lo obsesivo, entre diferentes organismos de los vencedores por dirigir la represión (militares, falangistas, civiles en el Madrid “ocupado”) la que en la actualidad está cobrando mayor interés desde el punto de vista de la historiografía.

En esa línea, Hernández Holgado une a la militarización de la justicia, un tema algo más conocido, otro cada vez más relevante: lo hace con la metáfora del “arco tenso”, tensado en el otoño de 1936 y en tensa espera hasta la primavera de 1939, cuando ya la lógica aplastante de la victoria nacional conduce a liberar toda la tensión acumulada por los vencedores. Es decir, la frustrada caída de Madrid en otoño de 1936 se convierte en principal catalizador de la (brutal) violencia represiva desatada desde abril de 1939.

El texto de Hernández Holgado, por fuerza más extenso, viene acompañado de siete textos más breves pero muy intensos. En primer lugar, es Montero quien se centra en las identidades de las víctimas, desgranando cómo fue el nacimiento de *memoriaylibertad.org* y su integración en el movimiento social de la memoria en España, el único que finalmente podrá derribar las trabas que aún sigue encontrando.

Santiago Vega se descuelga con un texto sobre las muertes silenciadas, aquellas que ocurrían en comisarías, centros de interrogatorios, como el de la siniestra oficina de la Brigada Político Social en Serrano 108. Aquí de nuevo se explicita cómo el historiador debe reconstruir unas fuentes que esconden la violencia de los hechos y la “impunidad con que operaban las fuerzas represivas” (p.105) del Madrid de posguerra. Vega presenta un macabro escenario donde mucho más a menudo de lo que se piensa, en los interrogatorios a sospechosos con mayor o menor responsabilidad en el Madrid republicano se permitía entrar a familiares varones de víctimas de la violencia republicana para tomarse la justicia por la mano.

Daniel Oviedo sienta las bases de un tópico bien construido por el relato franquista: el de la eficiencia del régimen dictatorial contra los delitos comunes o “sociales”. Hasta la Ley de Seguridad del Estado de 1941 son tramitados en su mayoría por la justicia militar, lo que los hace mucho más expeditivos sin que después se deje de utilizar la exitosa política del miedo.

Por su parte, Alejandro Pérez-Olivares, hoy por hoy el mayor especialista en el Madrid de la posguerra (véase su reciente *Madrid cautivo. Ocupación y control de una ciudad, 1936-1948*) incide con su peculiar estilo, muy centrado en la reflexión sobre la función del historiador, en el hecho de que Madrid fue varias cosas a la vez: capital de la resistencia republicana, línea del frente, retaguardia, ciudad asediada, pero también ocupada, controlada y conquistada, capital del Nuevo Estado franquista. Todo ello se imbrica en la complejidad de dotar de sentido al listado que acompaña al texto.

Las líneas de Juan Carlos García Funes son el ejemplo de cómo el guión de este libro se ha visto modificado por las circunstancias que han llevado a la defeción del memorial, dedicando un capítulo donde explica todo el proceso que llevó hasta el listado y las circunstancias políticas que lo han rodeado después. Brillante enfoque porque pone mejor aún en contexto el listado, para que no pase a la historia sin más...insistiendo en la idea de Madrid como excepción a algo, el derecho a la memoria, internacionalmente recogido y cada vez más y más extendido en numerosas localidades de nuestro país.

Finalmente, Fernando Jiménez Herrera reflexiona como historiador sobre el concepto de “checha”, detonador mediático utilizado por los medios conservadores para sabotear el proyecto de memorial. En febrero de 2018, ABC utilizaba el término “chequista” sugiriendo que hasta 335 nombres de los casi 3000 represaliados pertenecían a perpetradores de la violencia republicana en los primeros meses de la guerra civil. Jiménez Herrera reconstruye el uso histórico del término, en un nuevo ejercicio de rigurosidad, pero esto no evita el que recordemos la habilidad del coro mediático para agitar términos de éxito entre su audiencia: en esta ocasión ha sido el de “chequista”, recordándonos que el *mantra* de “pasar página” no se extiende de forma equidistante.

En conjunto, el único pero que se puede poner a este conjunto de capítulos no es su brevedad, sino la necesidad de ser completados en algún otro contexto más amplio, ya que anuncian líneas de investigación que aún podrían ser mucho más fructíferas.

Los textos previos al listado se completan con un breve epílogo del escultor Fernando Sánchez Castillo, centrado en la naturaleza y en la obra que estaba culminando, no en las ideas ni en la descalificación. Si un artista se expresa mejor con sus hechos, en este caso conviene no olvidar que una obra de arte casi terminada de ejecutar ha sido decapitada en la capital de un estado democrático y ochenta años después de los hechos que se pretendían recordar.

El listado con el nombre y los datos disponibles de las víctimas no sólo ocupan casi la mitad del volumen, sino que la contundencia de cada nombre, insistimos, *no-anónimos*, acaba por mutar la indignación que acompaña el hecho de que el memorial y el espíritu que lo movía se destruyeran, por una sensación de desagravio arropada con ejemplar rigor historiográfico durante la primera mitad del libro. Una de las primeras peticiones recibidas por Memoria y Libertad, la web que sirve de embrión a todo el proyecto señalaba: “Ya que le quitaron la vida, que no le quiten nada más, ni siquiera un pedacito de su nombre”. Los autores lo han logrado, pero no a cualquier precio, sino al de convertirlo en un importante libro de Historia así, con mayúsculas.

Sergio Riesco  
(Universidad Complutense de Madrid)